

FABRA, Pere, *Habermas: Lenguaje, razón y verdad. Los fundamentos del cognitivismo en Jürgen Habermas*, Marcial Pons, Madrid, 2008, 397 pp.

Habermas, convertido ya en legendario patriarca de los ideales de la Ilustración, ha conseguido en nuestros días lo que pocos pensadores apenas intentan: elaborar un sistema filosófico completo y coherente, sobreponiéndose a las intempestivas nietzscheanas y a los juicios posmodernos. El pensador alemán, a sus ochenta años, sigue fiel al espíritu de la Ilustración, y ha luchado contra todos los críticos de ésta, incluidos aquellos como Adorno y Horkheimer, con los que mantiene un común tronco marxista.

El libro que comentamos rastrea las bases lingüísticas de la filosofía de Habermas, es decir, los cimientos analíticos sobre los que construye su filosofía teórica y práctica. La obra muestra cómo el autor recoge el giro lingüístico, asumiendo la filosofía analítica y adoptándola como base de un edificio que pretende comunicar fluidamente la epistemología y la moral. Precisamente, la robustez de la filosofía de Habermas radica en la fundamentación adecuada de su pensamiento, elaborada a través de capas superpuestas de filosofía analítica, teórica y práctica.

Como buen marxista, y como abanderado del pensamiento ilustrado, considera que toda su filosofía debe desembocar en una ladera práctica. En esto sigue a la más brillante tradición germánica que llega hasta la Escuela de Frankfurt, y que tiene en Habermas un genial continuador en nuestros días, precisamente por enlazar con Kant y con Hegel. Con Habermas, por tanto, se vuelve a Königsberg y se rehabilita la razón práctica, pero su discurso también se beneficia de una solidez articulada sobre la filosofía del lenguaje del siglo xx, de la que algunos predecesores frankfurtianos habían adolecido.

La tesis que se defiende en este libro de Pere Fabra –Licenciado en Filosofía y Doctor en Derecho– es la reivindicación de la filosofía del lenguaje como fundamento del pensamiento de Habermas, mediante una exposición y un examen crítico, a la luz de la consistencia global de las afirmaciones en el sistema de pensamiento del autor. Para Habermas, examinar las bases de la filosofía analítica permite comprobar qué columnas del edificio epistemológico no tienen suficiente solidez, y, por ello, subrayar las aporías y discontinuidades que dichas carencias imponen a las tesis de la razón práctica.

La presentación de una temática tan compleja se beneficia de una exposición nítida, que empieza con una presentación del proyecto de Habermas, que Pere Fabra traza –y así lo recalca en varias ocasiones– sólo para exponer con más claridad su tesis, y no como una síntesis del pensamiento habermasiano extrapolable a otros contextos. Después de este primer capítulo, en el que se informa con amplitud de miras de la filosofía del autor alemán –más incluso de la que el propio autor humildemente reconoce– se examina en el segundo la plasmación del proyecto de articulación de las bases filosófico-lingüísticas que dotan de solidez a la teoría de la acción comunicativa.

Una vez expuesta la importancia de la filosofía del lenguaje en el pensamiento de Habermas, en los capítulos siguientes, el autor presenta detalladamente los problemas de fusión de la tradición analítica wittgensteiniana con el intencionalismo, que en buena manera se opone a ella. Precisamente, por operar a la vez en un plano lingüístico-epistémico y epistémico-moral, el cognitivismo del filósofo tiene numerosas dificultades, que han criticado sin piedad sus muchos detractores. Pere Fabra en los capítulos IV a VI se mues-

tra bastante expositivo, y concluye alabando la intención del autor y lamentando las dificultades para ensamblar todo el sistema. En efecto, muchas veces las críticas que recibe Habermas son acertadas (como las de Wellmer y Cristina Lafont), y las respuestas que el pensador alemán esboza acaban excesivamente en puntos *quaestio facti*, meros reparos que no tratan el problema de raíz.

Pere Fabra se muestra muy receptivo con las críticas, por ejemplo de Cristina Lafont, y las expone y examina con mucho cuidado. Tanto uno como otro se muestran comprensivos con las reelaboraciones de Habermas, pero no por ello dejan de recriminar sus errores, propios de quienes intentan integrar –¿demasiadas?– tradiciones en un proyecto único. Desde el punto estrictamente analítico, Habermas intenta resolver a la vez problemas de semántica y de pragmática, y en buena medida esta confusión afecta al tan poliédrico concepto de entendimiento (*Verständigung*), base de la acción comunicativa.

Sólo lo expuesto hasta aquí bastaría para reconocer las virtudes del libro. Sin embargo, la tesis novedosa y constructiva del libro no es la argumentación de la necesidad del estudio de la filosofía analítica como base del pensamiento de Habermas, ni tan sólo la revisión –y plausibilidad– de las críticas del mismo, pues la idea de fondo es que Fabra considera que el propio Habermas, auxiliado por la pragmática normativa de Robert Brandom puede llegar a sobreponerse a los escrúpulos excesivamente semánticos que aún subyacen en su teoría, y abocarse definitivamente a la pragmática, hecho que puede conducirle finalmente a la razón práctica, última estación del discurso habermasiano.

Gracias a la ayuda prestada por Brandom, Habermas podría desvincular significado y validez, y reconstruir un cognitivismo más escorado hacia la pragmática que, libre de ciertos esquemas característicos de la tradición continental, posibilitaría un *giro pragmático* hacia la filosofía jurídica, moral y política.

Al fin y al cabo, el interés de Habermas no es el lenguaje en sí, sino las condiciones de validez del lenguaje en el marco de la acción comunicativa, una meta eminentemente práctica. Habermas, por otra parte, debe demasiado a Kant, y en ciertos momentos le cuesta renunciar a algunas de las ideas más importantes de éste. Las condiciones de posibilidad de un diálogo en la democracia, tal vez pidan un divorcio entre el significado y la verdad, pues ésta –según Habermas– sólo puede hallarse mediante un diálogo válido. La vía pragmática ayuda, sin duda, a reconsiderar los usos del lenguaje, y a renunciar al conocimiento de la verdad de cuño platónico, para lograr una verdad consensual. También muestra excesivo apego a la tradición filosófica al intentar una división estricta entre semántica y pragmática. Por contra, el pensamiento de Brandom abre la posibilidad de una pragmática de carácter normativo, que tal vez mejora y clarifica la exposición habermasiana, que se reconstruye en el capítulo IX.

En este último, Fabra se pregunta cómo puede extenderse la teoría lingüística de la racionalidad comunicativa a los problemas epistemológicos de la verdad y de la corrección normativa, que se entienden kantianamente como dos formas de validez del discurso, referidas, respectivamente, al mundo objetivo y al mundo social. De esta forma podemos llegar a la ética, a la política y al derecho, y preguntarnos por las condiciones de posibilidad de la corrección normativa, y por los problemas de verdad y de justificación.

Fabra expone cómo Habermas se ve obligado a *deseπισtemologizar* la verdad porque es todavía víctima de unas categorías clásicas que, pese a

haber renunciado a ellas en su programa filosófico, siguen pesando en su manera de comprender el mundo. Las últimas páginas son una defensa de la interpretación epistémica de la corrección normativa, en la que se intenta mejorar y completar *habermasianamente* el proyecto de Habermas.

Estas son algunas de las ideas importantes que contiene el libro, que hemos hilvanado, aun conscientes de que quedan muchos temas y muchas conexiones que no hemos mentado. Al fin y al cabo estas líneas sólo pretenden avivar el deseo del lector para aproximarse al libro de Pere Fabra, cuyo propósito es tan ambicioso como bien pensado y expuesto.

Rafael RAMIS BARCELÓ
Universidad Pompeu Fabra